

Tomó luego Samuel una piedra y la puso entre Mizpa y Sen, y le puso por nombre Eben-ezer, diciendo: Hasta aquí nos ayudó Jehová. Así fueron sometidos los filisteos, y no volvieron más a entrar en el territorio de Israel; y la mano de Jehová estuvo contra los filisteos todos los días de Samuel. Y fueron restituidas a los hijos de Israel las ciudades que los filisteos habían tomado a los israelitas, desde Ecrón hasta Gat; e Israel libró su territorio de mano de los filisteos. Y hubo paz entre Israel y el amorreo. Y juzgó Samuel a Israel todo el tiempo que vivió. Y todos los años iba y daba vuelta a Bet-el, a Gilgal y a Mizpa, y juzgaba a Israel en todos estos lugares. Después volvía a Ramá, porque allí estaba su casa, y allí juzgaba a Israel; y edificó allí un altar a Jehová. (1 S. 7:12-17)

Enero tiene varias letras iguales a Eben-ezer, configurando una curiosidad gramatical. Además marca el comienzo de un nuevo año de modo que nos lleva a mirar hacia atrás, pero mejor aún, nos lleva a mirar hacia adelante.

Israel vivió también un proceso similar en Eben-ezer en el tiempo en que fue juzgado por Samuel. Este hombre tan fiel a Dios impulsó a todo el pueblo a dejar la idolatría, a reverenciar a Dios conduciéndolos a un proceso de avivamiento en lo referente a la confianza en Dios. No sólo ofició como juez, sino también fue sacerdote, pues se ocupó de ofrecer el holocausto a favor del pueblo.

El arca del testimonio, que había estado en manos impías durante mucho tiempo, ahora había sido regresada bajo el cuidado de manos santificadas (7:1-2). Esto produjo un cambio de actitud del pueblo hacia Dios y tuvo resultados inmediatos en la relación de Israel con sus enemigos.

Los sacrificios que Samuel ofrecía a Dios a favor de Israel eran recibidos por Dios y el pueblo vivió días de victoria a punto tal que al tronar de los cielos, los filisteos huyeron atemorizados y los israelitas tomaron sus ciudades. Sólo les tocó exclamar con júbilo: Eben-ezer (piedra de ayuda), porque reconocieron que hasta allí los ayudó Jehová.

Podían mirar hacia atrás y recordar sus derrotas por andar en la idolatría.

Podían mirar hacia adelante y confiar en la fuerza de Jehová, el Dios de los ejércitos, quien adiestra mis manos para la batalla, como dijera David (Sal. 18:34) pocos años más tarde habiendo sido ungido rey por el mismo Samuel.

Ojalá enero pareciese a Eben-ezer en todos nosotros pues significa el comienzo de una etapa donde nuestras debilidades espirituales queden atrás y el poder del Señor nos levante definitivamente en una experiencia de victoria y seguridad sobre los enemigos de nuestra vida espiritual que a veces están en nosotros mismos. Que entonces el reorden en nuestra vida, es decir, poner las cosas santas en el lugar que corresponde y la intercesión permanente delante del trono de la gracia nos proporcionen el socorro oportuno (He. 4:16) para que podamos exclamar: ¡E-N-E-RO no ... perdón ... E-B-E-N-E-Z-E-R! reconociendo que si hay cambios en nuestras vidas es porque la ayuda de Dios se ha hecho presente dándonos toda la confianza para mirar adelante con una visión positiva donde sólo esperemos todo de él.

Pongamos una piedra en ENERO no para tropezar en ella, sino para recordarlo.

Tomado de la revista "Momento de Decisión", www.mdedecision.com.ar

Usado con permiso

